



# A ELLAS LES SIENTA

**M**E he muerto. Sí, ya sé todas esas retóricas de que el hombre joven que somos, se muere para dar paso al maduro. Que el maduro, a su vez, se muere para que nazca el viejo. Fábulas. Morir, morir de verdad es otra cosa. Y no hagamos tragedias, os lo suplico.

Sin tragedias, yo me he muerto. Sólo se muere una vez, una vez por todas. Y amén.

He asistido a todos esos engorros del entierro, de los gritos, de la esquela.

—Dicen que costará trescientas pesetas, ¿qué hago? —preguntaba mi cuñado Juan, llamando desde el teléfono de la lechería, y al decirlo tapaba el auricular con la otra mano para que no le oyesen en la administración del diario, al otro cabo del hilo.

Del «lo peor es que no tengo nada negro que ponerme», de mis cuñadas, que son tres y muy necróforas, muy de ponerse a tono con lo que toca y luego quejarse de haber hecho lo que toca.

—Hacerse ropa será un gasto espantoso. Habrá que ingeniárselas.

Y mi cuñado Juan diciendo, con su desparramo de siempre, que él con una corbata negra, eh, yo creo que ya estará bien.

—De los gastos inútiles, uno se arrepiente pronto.

—Suerte que tú no tienes que hacerte ropa. Al fin, no vivas con él —dice una de las dos cuñadas que vivían conmigo.

—Nosotras, en cambio... —añade la otra, y se queda silenciosa y muy grave.

Bendita ropa. Es como si mi muerte las hubiera dejado en cueros a todas. (Me

entra risa: ellas, mis cuñadas, en cueros). Se han pasado toda la mañana hablando de ropa, de la ropa que deban y puedan ponerse. Hasta una vecina ha venido con unas blusitas negras y viejas.

—He pensado que mientras traen lo del tinte, esto les podrá ser útil.

Qué prisa, todas, por ponerse como de uniforme. (En cambio, yo llevo unas horas de verdad desnudo, sobre una sábana, sobre un viejo catre, y no sé qué esperan... Una de esas ropitas podría taparme las vergüenzas, digo yo).

Únicamente para el muerto, la muerte es algo más que un engorro, una empadadura. Algunas veces, en estos últimos meses de vivir enfermo entre ellas, yo les había dicho:

—Que me echen al mar cuando me muera. Ni esquelas, ni notas de ésas, ni ropita negra.

No han hecho caso. Lo han querido todo, como si yo fuera un muerto importante, un muerto de ésos de Cruces y Encomiendas, uno de esos muertos que hacen sentir su ausencia a todo el barrio, a toda la ciudad.

—Parece que sonría —ha dicho una vieja, una vieja que olía endemoniadamente, y a quien yo no había visto nunca.

Y claro que yo, el muerto, sonreía. Me reía con ganas, pues acababa de descubrir que morir, contra la opinión de la mayoría, no es tan grave. Lo serio, lo grave, es vivir. Morir es sentirse, otra vez, inocente.

En el fondo, los vivos se ríen de los muertos, pues aunque nadie se atreva a decirlo un muerto da siempre un poco de risa, tan tiesto, tan único, tan muerto. ¿Será una broma inconfesable morir?

Si lo es, sólo el muerto se lo toma en serio, con filosofía, y esto es decente. El único honesto y que está en su papel en un entierro, es el muerto, en este caso yo, envarado y como sonriente y, al fin, vestido y ya más acomodado en una caja de madera barata, de pino blanco, tapizada con una ropa que destiñe. El único que ha salido del trance con las manos limpias, he sido yo. Los demás, lo he visto, han dejado caer la caja con un gesto de fatiga y luego se han mirado las manos. Tenían las palmas teñidas de negro. Negro y negro. Un día completo del mismo color. A lo largo del día, negro sobre negro. Es cierto: las flores tenían color, pero estaban pochadas y eran lirios. A mí los lirios me dan náuseas. De gustarme me gustan los claveles, la flor rosada —tal vez blanca— del higo chumbo y los geránios. ¿Por qué no habrán colocado geránios en mi caja y se han dejado de lirios pochados? O, mejor, haberme dejado con el negro, el negro que destiñe, de los entierros.

He tenido horas por pensar, ahora, muerto y en mi caja. Al atardecer, a la hora del entierro, he resumido algunos de mis pensamientos de la jornada en uno sólo: morir es dejar de leer las páginas deportivas del periódico. Eso es todo. Y en nombre de todo eso, ¿tanto alboroto? No se hundirá el mundo porque un hombre, que todavía tenía lejos la jubilación, haya dejado de comprar y leer un diario, con frecuencia, muy borroso.

Ah, todavía no he hablado de ella. La verdad es que la he visto poco. La he visto casi de refilón. Estaba pálida, pues no se había pintado. Se ha doblado por la cintura, de espaldas y frente a mí, y

tenía el pompis tenso como un tambor, bien colocado sobre sus largas piernas metidas en unas medias negras. No creo que tarde en encontrar un sustituto. No hay hijos. No hay retratos míos colgados de las paredes, ni colocados sobre los muebles, en marquitos finos imitando la piel de cocodrilo. A mí nunca me hicieron más fotos que las del carnet de Identidad, al salir de la mili. Como vivíamos con las dos cuñadas solteras, esta casa tiene escasas cosas mías y aseguro, formalmente, que las flores del recibidor, que son de plástico y están perfumadas, no las compré yo. Las encontré aquí cuando me casé con ella y con las cuñadas, solteras a perpetuidad.

—Antes de la República, yo cobraba quinientas pesetas y vivía como un señor.

¿Quién hablaba? No lo sé. La visión del pompis de ella, mi mujer, y esa frase, que alguien decía al salir de la iglesia, es lo último que recuerdo de mi permanencia entre esta buena gente mía, en mi primer día de muerto, el último y definitivo día entre ellas...

Luego, el silencio y la soledad. Parecen la misma cosa, pero no lo son. Yo he estado mucho tiempo solo, pero nunca había sentido como hoy lo siento al silencio. Estoy en paz. Descanso en paz. No hagamos una tragedia de esto tan suave, tan dulce, tan llevadero si os parece. Es verdad, me hubiera gustado darle una buena nalgada y que lo vieran las cuñadas. Que dijeran:

—Esto es de chulo.

—Cómo de chulo.

La palabra «chulo» es muy anticuada. Como ellas dos, que no son viejas, sino antiguas.



Estoy en paz, estoy tranquilo y creo que, por primera vez en mi vida —tendré que acostumbrarme a hablar como un muerto—, puedo decir que no me falta nada.

No sé a quién debo la iniciativa de este traje de San José que me han colocado. Es cómodo, pero yo no me veo muy presentable por decirlo de alguna manera. En estos momentos, con ganas de meterme las manos en los bolsillos y ponerme a silbar, ¿cómo hacerlo vestido de esta suerte?

El traje más bonito que he tenido fue uno de soldado de Aviación. Entonces, con aquel traje, me quiso una chacha, muy almidonada, que me hacía pasar a la cocina y me daba un huevo batido con jerez. Nunca me compró tabaco, aunque yo creía saber que las chachas compraban tabaco a los soldados de Aviación. Se lo dije un día y se enfadó. Me dijo que ella no era una viciosa de ésas. No la entendí.

La verdad es que he tardado mucho en

alguna que otra tarde al cine del barrio, que costaba poco y en el que se estaba muy caliente.

Yo tenía las manos ásperas, sin uñas apenas, casi no les daba tiempo a crecer. Casi no tenía tacto para lo suave y la piel de ella me parecía como irreal. Ella era la hermana más joven y la mimaban tanto como la exigían.

—¿Por qué te dejas controlar tanto?

Ella tenía un pequeño arranque de rebeldía, pero se quedaba en los comienzos. He sabido, cuando ya nada tiene remedio, que ella buscaba su comodidad, su tranquilidad, y que una palabra más alta que otra la descomponía, de un modo tonto, pero absoluto, por toda una jornada.

Me casé. También he sabido que me casaron o nos casaron. Y comenzó en la casa una guerra sorda. Me buscaron un nuevo trabajo. No era, esto es así, un oficio, era sencillamente una ocupación. Buscaron recomendaciones y me hicieron funcionario.

—Un funcionario es un señor —decían las cuñadas.

Iba a ganar poco dinero, pero como yo era espabilado y joven, emuy presentable —decían las cuñadas—, quién sabe, a lo mejor llegaba lejos. Y tanto.

Las uñas volvieron a crecerme y hasta la piel de las manos se me puso blanca y menos rugosa. Aprendí a callar, a no ir a la taberna, a no decir lo que pensaba y a estar enfermo. Cuando estaba enfermo —siempre del estómago— ellas, cualquiera de ellas, llamaba por teléfono al jefe y yo me quedaba en cama.

—Por lo que te dan —decía la mayor—, lo mismo da que trabajes o que te quedes en cama.

Decía verdad. Aquello no era un trabajo. Yo no construía nada con mis manos, aunque —tal vez esto sólo sea una estúpida suposición mía— tampoco destruía otra cosa que no fuera mi salud.

No hubo hijos —yo creo, estoy convencido, y que Dios me perdone si no

es verdad, que por decisión de las cuñadas— y las noches eran cada vez más largas.

—¿Qué? —preguntaban algunas vecinas a las hermanas.

—Ya ve usted. Este chico no hizo más que pasar hambre. Y ahora lo pagamos. Ya ven ustedes: ni tan siquiera ha engordado con el matrimonio. Esto es el resultado de toda una vida de no comer caliente.

Yo había aprendido a callar y a estar enfermo. Comprendía que si rompía a hablar, ya de un modo definitivo, todo se vendría abajo en aquella casa. Era mejor meterse en cama, aunque las noches fueran largas.

Hasta que enfermé, en serio. Entonces, me abandonaron. Hasta ella, mi mujer, se desearó conmigo y ya no tenía ni palabras que devolverme, a media voz, cuando estábamos a solas y las otras no podían oírnos. Ni se quejaba, la pobre.

—¿No tengo ni una sola camisa que ponerme?

Y me respondía el coo.

Decidí morirme, sin posible vuelta de hoja. ¿Qué otra cosa cabía hacer? Sí, era cobarde y todo era tristeza en mí. No podía ya volver a mis viejos compañeros y no tenía amigos con los que sustituirlos. Todo había sido una estafa. Ellas habían querido cumplir con la vida sacrificando

# BIEN EL LUTO

Por JUAN BONET

entender a las mujeres. En esta casa, de la que acabo de salir con los pies por delante y como de medio ganchete, pues la escalera es muy estrecha, entré hace tres años con unos compañeros para colocarles a las señoritas un polibán.

El casero, con objeto de aumentarles el alquiler, había consentido hacer pequeñas mejoras. Las hermanas habían pedido un cuarto de baño. Tuvieron que conformarse con aquella muestra del polibán y la ducha. A mí me gustaba mi trabajo, en el que ya llevaba algún tiempo. Los albañiles ven crecer lo que hacen con sus manos, con su sudor, y el oficio no es, de verdad, complicado, ni tan siquiera fatigoso. Los días de lluvia e intemperie son más de los que la gente cree y uno goza de largas vacaciones. Uno se larga a la taberna y se deja de andamio. Así lo hacían muchos y así lo hacía yo.

Puede decirse que desde lo del polibán, ya no salí de aquella casa.

—¿Usted no tendría unas horas libres para arreglarnos la cocina? Hay una pared que se cae de humedad...

Y les arreglé la cocina, el lavadero después y más tarde blanquéé toda la casa. Durante una larga temporada —aquél fue un invierno duro, especialmente grato para mí— apenas si trabajé en otra cosa que en las chapuzas de las hermanas, que también me cedieron a su cuñado, a Juan, casado con la cuarta hermana y con la casa llena de críos. Me pasé el invierno haciendo horas en alguna de las dos casas.

Entre otras cosas cambié el vicio de la cazalla por el del coñac, pues las hermanas tenían una botella para mí y me lo servía ella, la muchacha, con la que salía



la más joven de las hermanas, pero para ellas el sacrificio tenía un límite. Mi fracaso era idiota, como el de quien se enreda las manos con un cordel revuelto y a cambio de molestarse en poner orden, decide embarullarlo del todo y enredarse las manos de mala manera. Yo no sólo tiré el cordel a un lado: Me lo tragué. Forzosamente tenía que reventar.

Pero no es triste morirse, y lo sería todavía menos si uno hubiera vivido. Con todo es consolador que ellos hagan como si mi muerte hubiera estado precedida de vida, como si mi sonrisa final fuera una sonrisa de plenitud.

Estoy en paz y eso es todo. Me hubiera gustado darle una buena palmada en las nalgas, eso es todo también.

Es buena toda esa gente, recibiendo el duelo y rezando por mí, por el muerto. Me digo la palabra una y otra vez para hacerme a la idea, para poder responder a otras voces si llaman por mi nombre. Me he muerto y el muerto soy yo. A ellas les sienta bien el luto y lo llevan por mi vida de muerto, por mi absurda muerte de muerto primerizo y pueril.

Creo que hasta pusieron la esquila en el periódico.

—Una esquila con una inconsolable viuda de veintinueve años no deja de ser una publicidad necesaria —comentó mi cuñado Juan, que se las sabe todas y es un coñón.

Aquí, tieso y tibio, con las uñas que siguen creciéndome, oigo su risa, que rebota en mi soledad. Es una pena que no pueda meter las manos en los bolsillos y silbar. Una pena, la única en esta tranquila soledad de este trocito de campo.

(Ilustraciones de Begoña Izquierdo.)